

---

# **El Capuchino**

Joaquín Dicenta

---

**textos.info**

Libros gratis - biblioteca digital abierta

## **Texto núm. 6072**

---

**Título:** El Capuchino

**Autor:** Joaquín Dicenta

**Etiquetas:** Cuento

---

**Editor:** Edu Robsy

**Fecha de creación:** 13 de diciembre de 2020

**Fecha de modificación:** 13 de diciembre de 2020

---

Edita **textos.info**

---

**Maison Carrée**

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

---

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

# El Capuchino

Llamo celestial a este cuento porque su asunto se desarrolla en el cielo de los católicos, en ese cielo donde, según las descripciones ortodoxas, los ángeles cantan escondidos entre nubes de ópalo y cantan los santos y las vírgenes y los apóstoles (cada grupo desde su nube correspondiente) un himno de alabanzas inacabables al Creador.

En uno de los aposentos más apartados del divino alcázar, celebrábase un juicio de pecadores, juicio presidido por Jesús de Nazaret, el cual tenía a San Juan a la izquierda y a la Virgen a la derecha.

Cristo interrogaba a los pecadores; la Virgen intercedía por ellos, siguiendo los impulsos de su inmensa bondad; y San Juan apuntaba en una pizarra de esmeralda el fallo de su Maestro y el destino que este fallo concedía a los reos.

Los últimos se agrupaban a la izquierda del presidente. Eran autores de pecados leves, y, en clase de tales, libertados por sentencia de la primera instancia celestial del fuego eterno. Tratábase sólo de averiguar en este juicio cuántos años de purgatorio necesitaba extinguir cada uno para entrar en el cielo y poseer el favor celeste y gozar el derecho a vivir cantando desde por la mañana hasta la noche. Era, pues, el de autos, un juicio de faltas.

No obstante ello, los pecadores andaban temerosos en el examen y en la confesión de sus culpas, que aun siendo tan hermoso el porvenir de una bienaventuranza perpetua, no resulta preparación muy grata para realizarlo la de pasarse unos añitos en el purgatorio, socarrándose el alma.

De ahí que los enjuiciados anduviesen acobardadillos y que, a la más insignificante pregunta de Jesús, bajasen los hombres la cabeza, ocultasen las mujeres el rostro entre las manos y temblasen todos con nervioso temblor. Sólo uno de entre ellos permanecía sereno, inmóvil, como seguro de su pureza e inaccesible por consiguiente a las estufas

purificadoras del purgatorio.

Era un capuchino. Su cuerpo enjuto, flaco, a tal punto que sobre la tela del hábito se marcaban los huesos; su demacrado rostro, encuadrado por una larga y no muy limpia barba gris; sus ojos hundidos, sus profundas arrugas, sus ojeras violáceas, su aspecto entero, en fin, revelaban una existencia dedicada a la abstinencia y al ayuno; el martirio de la carne en obsequio del alma, a la castración absoluta de las humanas pasiones y de los terrenos apetitos. El capuchino era seguramente un asceta que pensó en vida mortal en la soledad, y en el rezo impenetrable a las tentaciones del mundo sólo asequible para la virtud y para el bien.

Cristo examinaba a los pecadores por los mandamientos de la ley de Dios; y vale decir en obsequio de aquéllos que durante el primero, el segundo, el tercero y el cuarto mandamiento, apenas sí hallaron motivo, la Virgen para interceder misericordiosamente, y San Juan para escribir en la pizarra de esmeralda.

En el quinto hubo tropezones de mayor cuantía. Cuál más, cuál menos, si no el cuerpo, había herido, con murmuraciones y ofensas, el alma de sus prójimos; fue preciso que la Virgen interviniera con dulzura para que San Juan no apuntase, en la pizarra, cifras muy crecidas y datos poco beneficiosos a los declarantes. Sólo el capuchino permanecía inalterable, sólo para él quedó, en este mandamiento, como en los anteriores, ociosa la pluma del secretario apóstol.

Terminó Jesús el examen del quinto mandamiento e iba a continuar por el siguiente, cuando entró en la audiencia un ángel muy rubio y muy grave, que dijo, inclinándose ante la encarnación humana del Eterno:

—Señor, tu padre necesita de ti al instante.

Y acercando su boca al oído de Jesús, murmuró en voz baja algunas palabras.

Grave tenía que ser el asunto cuando Jesús, levantándose precipitadamente, exclamó dirigiéndose a San Juan:

—Deja ahí encima la pizarra y vente conmigo. Tú, madre, espérame. Y vosotros —a los pecadores— aguardadme también. Enseguida vuelvo.

María siguió con ojos amantes, aún enrojecidos por el llanto que en la tierra vertieron, el paso de Jesús; los pecadores, que a la terminación del quinto mandamiento, se habían echado a temblar recelosos de lo que en el examen del siguiente al quinto iba a ocurrirles, vieron el cielo abierto con la imprevista ausencia de Jesús y se arrojaron a los pies de la Virgen, gritando entre sollozos de pena y suspiros de angustia:

—¡Señora!... ¡Madre y señora nuestra!... ¡Tesoro de bondades inagotables, sólo vuestra misericordia puede salvarnos!... ¡Sed compasiva con nosotros!... ¡El mandamiento que sigue al quinto va a ser causa de que pasemos centenares de años en el purgatorio! ¡Todos hemos delinquido en él!... ¡Sed piadosa!... ¡Interceded por nosotros!... ¡Haced algo por nosotros!... ¡Salvadnos, señora, salvadnos!...

Y se arrastraban por el suelo, y arreciaban sus súplicas y crecía su llanto y subían de punto sus imploraciones.

La Virgen, emocionada, les oía y daba vueltas a su imaginación buscando el medio para salvar el conflicto de aquellos infelices. Todos la imploraban, excepción hecha del capuchino, que permanecía en pie, como quien no tiene nada que reprocharse y nada que suplicar, por lo tanto.

—Vamos, no afligirse, no afligirse, hijos míos —dijo la Virgen, guiada por su infinita misericordia—, haré lo que pueda en vuestro favor.

Y cogiendo la pizarra, trazó sobre ella algunas líneas, con letra tan semejante a la del apóstol secretario, que era imposible diferenciar la una de la otra.

—Doy aquí por examinado el mandamiento que sigue al quinto —continuó diciendo la Virgen— y anoto los datos menos desfavorables en el resumen. Si mi hijo no recuerda dónde había quedado antes de marcharse, os salváis.

—¡Gracias, gracias, señora! —respondieron todos los pecadores, menos el capuchino, que hizo un gesto de mal humor.

Volvió Jesús seguido de San Juan, y muy preocupados debían tener a uno y a otro los asuntos que con Dios resolvieron, cuando Jesús, dirigiéndose a su madre, dijo con voz distraída:

—Madre, ¿en qué mandamiento habíamos quedado?

—En el séptimo —respondió la Virgen entregando la esmeralda a San Juan.

—Empieza el examen del séptimo —profirió Jesús con voz solemne.

Y mientras los pecadores, llenos de gozo, dirigían a la Virgen miradas de gratitud profunda, el capuchino, mesándose las grises barbas con desesperación, murmuraba dolorosamente:

—¡Si yo lo hubiera sabido!...

## Joaquín Dicenta



Joaquín Dicenta Benedicto (Calatayud, Zaragoza, 3 de febrero de 1862 - Alicante, 21 de febrero de 1917), periodista, dramaturgo del neorromanticismo, poeta y narrador naturalista español, padre del dramaturgo y poeta del mismo nombre y del actor Manuel Dicenta.

Estrenó su primer drama en 1888, gracias a la protección de Manuel Tamayo, y escribió numerosas novelas, cuentos y piezas de teatro en prosa y verso. También escribió poesía, aún por recopilar y estudiar, y en su poema Prometeo de 1885 declaró ya su ateísmo. Tras un breve y

frustrado matrimonio, la sociedad le marginó a causa de haberse unido a una mujer gitana, la bailaora andaluza Amparo de Triana, que abandonó la profesión para vivir con el altivo, independiente y pendenciero poeta. Su suerte cambió con el éxito internacional de su drama Juan José que, habiendo sido rechazado por la compañía de Ceferino Palencia y María Tubau, llegaría a ser una de las obras más representadas en España antes de la guerra civil. Así, el 11 de noviembre de 1895 recibió un homenaje de los literatos y periodistas madrileños. En 1889, Dicenta fundó con Ruperto Chapí la Sociedad de Autores, entidad precursora de la Sociedad General de Autores y Editores.